

CAPÍTULO II

¿QUÉ SON LOS VALORES?

Jose María Méndez

Se espera de un artículo introductorio que exponga los principales problemas en discusión respecto a un tema, en este caso los valores. Lo haremos en forma de diez preguntas. La última será *¿Qué son los valores?*, pues antes de abordarla, hay que tratar nueve cuestiones previas y tener algún criterio sobre ellas.

A cada una de las preguntas daremos la respuesta que el autor de estas líneas considera correcta. Pero no la expone con la intención de zanjar la discusión, sino más bien de clarificar y precisar el planteamiento del problema en cuestión. Lo que cuenta son las preguntas mismas. Se ofrece una solución, pero sólo para plantear mejor el problema. No para darlo por resuelto.

1. ¿Dónde aparecen los valores?

Obviamente en la conducta humana, y no en las cosas. Por ejemplo, la gente suele afirmar sin más: *la vida es un valor*. Pero la vida es una realidad acabada, no una pauta de conducta que yo deba seguir. Alguien está vivo, con mayor o menor salud, pero vivo. En este sentido, la vida no es un valor, sino un hecho.

Lo que en cambio es visto como valor es el *respeto a la vida*. No la vida como tal, sino mi conducta ante la vida. Mi conciencia me intima a no hacer daño a la vida de los demás. Incluso a la mía. No sólo la vida humana, sino también la de un animal o una planta. Así pues, lo

valioso no está en el hecho de que un ser humano o un animal estén vivos, sino en mi conducta respetuosa ante la vida en general, y más especialmente la humana. Lo valioso es el respeto a la vida, no la vida como tal.

Una vez aclarado que los valores los encontraremos en la conducta humana y sólo en ella, imaginemos que estamos en el autobús que en Montgomery, Alabama, circulaba el 1 de diciembre de 1955. Está sentada una joven mujer negra llamada Rosa Parks. Y todos los asientos están ocupados. En una parada entra un hombre blanco y exige a Rosa que se levante, para sentarse él. Tenía derecho a ello, según la legislación entonces en vigor. Rosa se niega. El conductor del autobús avisa a la policía. Rosa Parks acaba en la cárcel acusada de perturbar el orden público.

El que presencia la escena siente una voz interior que censura lo que está ocurriendo. *Eso no está bien*. La dignidad de la persona humana no depende del color de la piel. Percibe que se está violando un valor, que podemos etiquetar como *Igualdad jurídica de las personas*. O como suele decirse, *la ley es igual para todos*.

En este caso, lo que percibimos es la violación de ese valor. Pongamos ahora un ejemplo positivo, aunque inventado. Entra un hombre blanco tullido y con muletas. Rosa Parks se levanta espontáneamente y le cede el asiento.

Los hechos son todo lo contrario del caso anterior. Pero el valor percibido es el mismo que antes. O mejor dicho, se trata de un valor más general que llamaremos *Respeto a la persona* y que incluye como subvalor la *Igualdad* antes citada. Pues una importante tarea en Axio-logía, o ciencia de los valores, es precisar bien el contenido o materia de los distintos valores.

Así pues, los valores los encontramos en esa voz interior que siempre hemos llamado *conciencia moral*. No es ciertamente algo nuevo. Platón relata que Sócrates hablaba de un *daimonion* o voz divina, que le señalaba el bien y el mal, en su propia conducta y en la de los demás.

En resumen, a la pregunta *¿dónde aparecen los valores?* podemos responder que los encontraremos en esa voz que viene de lo alto y que todos hemos sentido tantas veces.

2. ¿Qué dice exactamente la voz de la conciencia moral?

Pongamos algunos ejemplos. Voy por la calle y veo un trapo sucio en el suelo. A cinco metros hay un contenedor. Pasa una persona que se agacha, coge el trapo y lo echa en el contenedor. Y yo siento la voz interior que me dice: *eso está bien, eso es lo valioso*.

Poco después presencio la escena contraria. Alguien mira el trapo y se da cuenta de la cercanía del contenedor. Pero se encoge de hombros y pasa de largo. Y de nuevo la voz interior me dice *eso está mal, eso es antivalioso*.

Mis ojos perciben hechos diferentes, y hasta opuestos. Pero en ambos casos la voz interior apela al mismo valor de la limpieza, que ahora llamamos *Ecología* o *Respeto a la naturaleza*. En el primer caso lo veo realizado y en segundo violado. Pero eso da igual. El valor en cuestión es el mismo en ambos ejemplos.

Podemos sacar esta importante conclusión. El valor está en un mundo distinto y superior al de los hechos de este mundo. Independientemente de lo que alguien haga, lo decisivo es lo que debe hacer. Surge la fundamental distinción entre *ser* y *deber ser*. Podemos proponer ya esta definición de valor *lo que debe ser, sea o no sea*.

El deber ser permanece intacto, cualquiera que sea la conducta efectiva de los seres humanos. Por tanto, lo que *debe hacerse* no depende de lo que la gente *hace*. La voz que oye la conciencia moral viene de ese mundo superior de los valores. El valor, o el deber ser que lo define, no puede deducirse a partir de lo que hagamos los hombres. El valor se conoce gracias a la voz interior de la conciencia moral. Hay un mundo superior de los valores, al cual tiene acceso nuestra conciencia moral, y que no se altera porque los hombres los cumplan o los violen.

En axiología se suele hablar de *intuición del valor*. Nuestro ojo axiológico, si se permite la expresión, percibe algo distinto e independiente de lo que ven nuestros ojos de carne. Nuestro ojo axiológico percibe el *deber ser* que define al valor. Nuestros ojos de la carne captan sólo lo que *es*, lo que pasa, lo que sucede. Son ciegos para ver lo que debe ser, lo valioso o antivalioso en la conducta humana.

Precisemos un poco más nuestra definición.

Un tercer peatón ve el trapo sucio y se agacha a recogerlo para meterlo en el contenedor. Pero percibe un intenso olor fétido, que le hace suponer que quizá pueda infectarse. Decide no tocar el trapo y avisar al 112. Cuando le contestan que irán inmediatamente a recogerlo, se queda tranquilo, pues ha cumplido con el valor de la limpieza según sus posibilidades.

El cuarto peatón es un químico de profesión. Identifica el producto que produce el olor fétido y sabe que es inocuo. Coge tranquilamente el trapo y lo mete en el contenedor.

Estos dos nuevos ejemplos nos llevan a otra conclusión importante. El valor de la limpieza no está en las concretas acciones con que la realizamos. Está en la limpieza como tal. Lo importante es el deber ser del valor en cuestión, que es el mismo, aunque las maneras de vivirlo o cumplirlo sean distintas. Volveremos sobre este detalle.

De momento, retenemos esto. El deber ser de un valor no cambia porque se cumpla o se viole. Y tampoco cambia, porque se cumpla de una manera u otra.

3. ¿Cómo se conoce el deber ser de los valores?

David Hume fue el primero que, en el siglo XVIII, se dio cuenta de la falacia de intentar deducir *lo que debe ser* a partir de *lo que es*. Y Kant solía decir, *aunque todo el mundo asesinase, no por eso el asesinato se convertirá en algo valioso en sí mismo*. Hubiera sido más certero aún, si hubiera afirmado: *aunque todo el mundo respetase la vida de los demás, no por eso el Respeto a la vida se convierte en un valor*.

Lo mismo que, si el *Respeto a la propiedad* es un valor, eso no vendrá nunca de la conducta humana, incluso en la venturosa y utópica hipótesis de que nadie robase, o todos respetasen siempre la propiedad ajena. Volvemos a la idea de que *lo que debe hacerse* no puede deducirse nunca a partir de *lo que la gente hace*.

Este contraste entre el plano superior de lo que *debe ser* y el plano inferior de lo que *es* se percibe de manera dramática cuando un héroe

moral se rebela contra la práctica aceptada por la mayoría de la población, o sancionada por las leyes. Ya lo vimos en el caso de Rosa Parks.

El verdadero héroe moral está dispuesto a morir antes que traicionar su conciencia. La tensión entre el deber ser y el ser llega aquí al máximo. Un caso egregio fue el de Thomas More. Por mucha que fuese la presión que recibía del mundo de *lo que es*, bien visible en el poder absoluto de Enrique VIII, no intentó acallar la voz que oía en su conciencia. La escuchó como la voz misma de Dios. Ya Sófocles describió este drama en la figura de Antígona frente al tirano Cleantes.

En nuestro mundo actual, las injerencias abusivas en nuestra conciencia moral de los poderes fácticos de este mundo se suelen etiquetar como *lo políticamente correcto*. Lo que está de acuerdo con lo que los poderosos del dinero o quienes detentan el poder dictan. Eso es lo bueno, lo valioso, lo que hay que hacer, so pena de incurrir en la ira y la venganza de los que mandan en la sociedad. Una perversión de la democracia en nuestra época consiste en imponer leyes objetivamente antivaliosas mediante mayorías suficientes en algún Parlamento elegido democráticamente.

4. ¿Cómo corregir los posibles errores de la conciencia moral?

Incluso aunque aceptemos que la conciencia moral es la voz del mundo superior de los valores, y que Thomas More identificó con la voz misma de Dios, eso no impide que la conciencia moral pueda equivocarse. También los actuales terroristas suicidas llegan al aparente heroísmo de dar su vida como More, aunque por una causa equivocada.

Afortunadamente existen unas buenas gafas para el ojo axiológico. Se trata de la llamada *Regla de Oro*. La encontramos en el Evangelio: *trata a los demás como quieres que los demás que te traten a ti*. O en forma negativa, *no hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti*. Kant dijo lo mismo, aunque con su acostumbrada pedantería. *Actúa de tal manera que tu máxima de conducta puede elevarse a norma universal*. Por *máxima* se entiende la solución que alguien da a los problemas que se le ofrecen en la vida. En palabras más llanas, diríamos: *que tu decisión*

pueda ser la que todo el mundo tome en idéntica situación. En realidad, en todos los refraneros de todas las lenguas del mundo encontraremos la Regla de Oro expuesta de una manera u otra. Si algo es verdaderamente un valor, ha de serlo para todos los humanos, sin excepción posible.

Yo propongo contestar exponer la Regla de Oro de esta manera. *¿Qué pasaría si todos los seres humanos, todos sin ninguna excepción, se atuvieran a la conducta X?* Es un experimento mental que cualquiera puede hacer. Si se ve con toda claridad que en esa imaginaria situación todos los humanos saldrían ganando y nadie perdiendo, entonces X es un valor que debe incondicionalmente ser. Y si al menos un ser humano sale perdiendo, entonces X no es un valor.

Ya ha salido el tema de la limpieza, en su acepción más amplia de Respeto a la Naturaleza. Si todos los humanos, todos sin excepción, fuésemos limpios, en el más amplio sentido de este adjetivo ¿quién saldría ganando y quién perdiendo? Si, como espero, el lector concluye que también él saldría ganando, entonces la *limpieza* es un valor ético. Es lo que *debe hacerse*, se haga o no se haga en la práctica.

Un mínimo de sentido común nos hace ver que lo esperable de un verdadero valor es que beneficie a todos y no perjudique a nadie. Lo más importante de la Regla de Oro es que puede tomarse como interpretación material de una validez lógica. Eso implica haber alcanzado una verdad más indiscutible que *dos y dos son cuatro*. Pero éste es un tema que aquí sólo cabe sugerir o insinuar. Para su comprensión adecuada se requiere el conocimiento del cálculo lógico, formalizado por Frege y Peano en el último tercio del siglo XIX. Únicamente añadiré que, gracias a ese cálculo, ha sido posible el gigantesco avance de los modernos ordenadores. En realidad se trata del salto teórico más grande que ha dado por la humanidad en toda su historia. Como somos sus espectadores, no es sorprendente que no seamos conscientes de la enormidad que supone lo que está aconteciendo ante nuestros ojos. Y menos aún, de su aplicación a la cuestión de conocer la materia o contenido de los valores éticos.

Para la axiología, o ciencia de los valores, lo más decisivo es que disponemos de unas gafas que corrigen cualquier error de la conciencia moral. Con la Regla de Oro tenemos un criterio seguro. Si X supera la Regla de Oro, X es un valor.

5. ¿Es la libertad un valor?

El lema oficial de la actual República Francesa sigue siendo *égalité, liberté, fraternité*. Aún está vivo el grito más coreado en la Revolución de 1789.

Sin embargo, hay que empezar por distinguir entre *libertad positiva* —capacidad de hacer el bien y el mal— y *libertad negativa* —hacer el bien o el mal de esta u otra manera, con tales o cuales medios, en este sitio o en aquél...—.

La capacidad de hacer el bien o el mal surge con el uso mismo del lenguaje, que nos capacita para decir la verdad o la falsedad. La Verdad es el primero de todos los valores. Que la libertad positiva pueda optar por el bien o el mal es lo que nos define como personas. Ahí está nuestra más radical y profunda dignidad.

Nadie puede arrebatarnos esa libertad positiva, a menos que nos quite la vida. Aunque me pongan una pistola en el pecho y me amenacen ¡grita viva A!, yo siempre podré decir ¡muera A! Y si por miedo o cobardía, cedo a la intimación externa, eso lo habré hecho por mi propia decisión. La responsabilidad es exclusivamente mía. La pistola no me arrebatara mi libertad positiva. Es sólo una presión externa. Todo lo intimidatoria que se quiera, pero externa.

Por tanto, la libertad positiva no es un valor. Es el ente que tiene delante el entero arco de los valores, y la responsabilidad de vivir de acuerdo con ellos. Podemos comprobarlo con nuestra definición de valor. La libertad positiva no es un *deber ser*, sino un *es*, un hecho. Mientras estamos vivos y en nuestros cabales, somos libres en sentido positivo. Aunque no me dejaran hacer físicamente más que una sola cosa, siempre podría hacerla para bien o para mal.

Lamentablemente la mágica palabra *libertad* siempre es entendida de modo negativo. O sea, que me dejen hacer lo que quiera, que no encuentre trabas o barreras a mi acción, que pueda moverme a mi gusto y sin que nadie ni nada me lo impida.

Pero si lo pensamos un momento, el abanico de posibilidades abiertas a mi acción, depende del uso que los que me rodean hagan de su libertad positiva frente a los valores. Si todos vivieran todos los valores, yo tendría automáticamente toda la libertad negativa que me

conceden los valores mismos. No me dan libertad para escoger a capricho entre el bien o el mal. En cambio, me dan libertad para elegir los medios con los que hacer el bien.

Por tanto, mi libertad negativa no es un deber ser que intime a mi conciencia moral, sino a las conciencias de quienes me rodean. No es un valor que yo deba realizar. No es un valor que pese sobre mí, sino el resultado de la conducta más o menos valiosa de los demás alrededor de mí. Para mí, no es un deber ser, sino un hecho.

Se comprende que el vulgo entienda la palabra *libertad* siempre en sentido negativo, y nunca en el más importante, o sea, en sentido positivo. La gente ignora la diferencia entre libertad positiva y negativa. Pero si se conoce esta distinción, es fácil entender que la libertad positiva no es valor. Y que la libertad negativa tampoco lo es, a pesar de las apariencias.

6. ¿Hay ciencia ética de los casos concretos?

La Regla de Oro nos permite identificar reglas generales de conducta humana, que nos señalan lo valioso con suficiente claridad. Por ejemplo, *respeta la naturaleza y respeta la vida*. Y como la vida es parte de la naturaleza, el *Respeto a la vida* es visto como un subvalor dentro del valor más general *Respeto a la naturaleza*.

Inmediatamente observamos que para cada regla general podemos indicar el caso concreto que la contradice. La legítima defensa, justifica matar al agresor, antes de ser muerto por él. Ya vimos el caso del que se agacha para recoger el trapo sucio y meterlo en el contenedor, pero escoge el *mal menor*, como se dice. Hace bien al no recoger el trapo y llamar al 112. Una familia con dos hijos tiene un accidente de tráfico. Sólo se salva la madre, operada de urgencia. Pregunta *qué ha sido de mi marido y mis hijos*. El cirujano que va a operarla siente que debe mentir: *están bien*.

Y así con cualquier valor, por muy respaldado que esté por la Regla de Oro. Por tanto, no esperamos de la Axiología que nos diga qué debo yo hacer en el caso concreto en que me encuentre. Pues la vida es demasiado complicada, y pueden darse todo tipo de situaciones con-

cretas. Lo que nos ofrece la Axiología es identificar materias valiosas según la Regla de Oro, y que se proponen como reglas generales.

Aplicar esas reglas generales al caso concreto en que nos pone la vida, ésa es precisamente la tarea de la libertad positiva. No está escrito en ningún libro lo que yo debo hacer aquí y ahora. Eso es la decisión que yo, y sólo yo, tengo que tomar. Para eso soy libre en sentido positivo. Asumo la responsabilidad de todos mis actos. Es un riesgo que engrandece mi dignidad como persona.

Más aún. Bien vemos que si hubiera una ciencia ética de los casos concretos, la libertad humana sería superflua. Al llegar a un cruce, las señales de tráfico nos indican lo que hay que hacer. La libertad no tiene nada que decidir. Eso está bien para conducir un coche. Pero no podemos extrapolar esa situación a la entera vida humana, so pena de anular la libertad negativa, y hasta la positiva.

Si lo pensamos un momento, enseguida nos damos cuenta de que así tiene que ser. Cada persona humana es única. *No hay otro yo en el mundo*, dice Don Quijote. Cada persona es irrepetible en toda la historia de la humanidad. Una posible ciencia ética de casos concretos sería incompatible con la noción misma de persona libre. Más bien la grandeza de la libertad positiva radica en tener que decidir en cada caso concreto, sin poder apelar a ningún precedente que hubiera de aplicarse automáticamente. Cuando *yo* tengo que decidir algo aquí y ahora, eso es la primera vez que tal cosa ocurre en la historia universal, y no se repetirá jamás. Nunca ha habido antes otro *yo*. Ni lo habrá después.

No hay más ciencia ética que la de los valores como reglas generales. En la medida en que alguien conozca cuántos y cuáles son los valores, en esa misma medida será probable que acierte en sus decisiones concretas. Y cuanto más ignorante sea alguien de los valores como reglas generales, tanto más probable será que se equivoque en su caso concreto. La tarea de la libertad positiva es aplicar, lo mejor que pueda y sepa, los valores como reglas generales a las situaciones concretas en que nos pone la vida. Y éstas son tan variadas que nadie puede conocerlas *a priori*. Y por otra parte, un valor puede cumplirse de muchas maneras distintas. Justamente en eso consiste nuestra libertad en sentido negativo. En escoger el modo de cumplir un valor.

7. ¿Qué podemos esperar de la justicia humana?

Solemos pensar que un juez de este mundo debe imponer al delincuente confeso un castigo que sea su exacto merecido moral. Pero ningún juez de este mundo conoce exactamente cuál es el merecido moral por un delito concreto, según lo dicho en la pregunta anterior. En consecuencia, lo que esperamos de la justicia humana es algo mucho más modesto. Nos contentamos con que las penas sean lo suficientemente gravosas para que el ciudadano normal pueda ir tranquilo por la calle. Lo mismo que las multas de tráfico hay que calcularlas para que se limite a un mínimo tolerable la peligrosidad de quienes las violan. En vez de la pretenciosa expresión habitual *justicia humana*, debiéramos usar la más adecuada de *defensa cívica*.

Sólo una mente superior a la humana puede tener ciencia ética de los casos concretos. Sólo ante un juez superior a los de este mundo el hombre libre tendrá que dar cuenta de su responsabilidad ante los valores. Y así tiene que ser, pues los valores tendrán que imponerse antes o después sobre la realidad de este mundo que los contradice. La victoria el bien sobre el mal sólo podrá lograrse cuando se elimine la escandalosa mezcla de bien y mal que ahora vemos en la escena de este mundo.

La victoria del bien sobre el mal tropieza en este mundo con la cruda realidad de los asesinos que quedan impunes. Tiene que haber una justicia en el más allá. Si los valores deben incondicionalmente ser, tendrán que llegar a serlo en un mundo distinto de éste. Y si nunca un valor llegará a ser plenamente como debe ser, entonces la regla general *no matarás* era mentira. Si escapa a la justicia humana, y no hay más que ésta, el asesino impune no habría hecho nada malo.

Por eso dijo Dostoiewsky, *si Dios no existe, todo está permitido*. Un asesino puede morir habiendo eludido la justicia de este mundo. Pero ha de haber otra justicia en el más allá en que sea debidamente castigado. Pues si verdaderamente la justicia es un valor que debe ser, tendrá que imponerse más pronto o más tarde sobre la realidad que la contradice y llegar a ser como debe ser.

8. ¿Qué presión puede llegar al fondo de mi conciencia?

Ya hablamos de los héroes morales, que resisten una fortísima presión, aunque siempre sentida como externa. En cambio, obedecen a la voz que les intima en lo más profundo de su conciencia moral.

Lo que caracteriza a los valores es precisamente que intiman desde dentro, nunca desde fuera. Esto está de acuerdo con la distinción ya señalada entre *ser* y *deber ser*. La navaja del atracador en mi garganta yo la sentiré siempre como algo que viene de fuera. Da igual que entregue al atracador mi dinero, o que muera por no hacerlo. En ambos casos, la presión externa nunca se transformará en el deber ser que desde dentro interpela a mi conciencia moral.

También hemos hablado de *lo políticamente correcto*. Las leyes suelen permitir la objeción de conciencia, precisamente porque los valores no vienen de los parlamentos de este mundo, sino de la voz divina que todos sentimos en nuestro interior.

9. ¿Hay conflictos entre los valores? ¿Cómo resolverlos?

Hay situaciones en que nos enfrentamos a un solo valor, como en los ejemplos del principio. Pero es igualmente frecuente, o incluso más, que en la decisión a adoptar intervengan varios valores. También hemos visto algún ejemplo. En los casos concretos es la libertad positiva la que tiene que dar su respuesta *ex novo*, pues no está escrito en ningún sitio lo que tiene que hacer.

Sin embargo, hay algo más de luz cuando se trata de dos valores. No podemos vivir los dos a la vez. Si cumplimos con uno, violamos el otro. Pero nuestra conciencia nos indica con nitidez cuál es el *mal menor*. Este detalle es muy importante, pues nos permite establecer una jerarquía entre los valores. La intuición axiológica amplía su alcance.

Pongamos un ejemplo. El atracador intima *la bolsa o la vida*. El atracado, aunque no sea consciente de ello, percibe la oposición entre el Respeto a su propia vida y el Respeto a la propiedad, que en este

caso de trata también de la suya. Si se ve forzado a elegir, preferirá violar el respeto a la propiedad, que se le presenta como mal menor.

Esto permite afirmar que el respeto a la vida precede o está delante del respeto a la propiedad. Desde Hartmann, se admite que el respeto a la vida tiene más *fuerza* que el respeto a la propiedad. La información que proporcionan estos conflictos entre dos valores es fundamental para establecer una jerarquía de valores.

Scheler habló de la *altura* de los valores, y señaló que algunos son más altos o dignos que otros. Pero la *altura* de Scheler es perfectamente compatible con la *fuerza* de Hartmann. Más aún, ambas informaciones se refuerzan mutuamente y hacen la jerarquía de los valores éticos más verosímil, aunque aquí no hagamos más que insinuar esta idea.

10. ¿Qué son exactamente los valores?

En mi opinión, la respuesta correcta es ésta: *los valores son perfecciones reales de Dios, que nuestra conciencia moral percibe.*

La lógica moderna nos presenta Dios como el Valor de la Verdad, que hace posible el pensamiento, y el lenguaje con que se trasmite el pensamiento de unas mentes a otras. Propiamente, Dios, como Valor de la Verdad, es captado por la inteligencia o razón, y no por la conciencia moral. En cambio, los demás valores caen básicamente bajo nuestro ojo axiológico.

En su *Diario íntimo* dice Unamuno: *ser bueno es hacerse divino, porque sólo Dios es bueno.* En efecto, en la medida en que la libertad positiva acepta los valores como fines objetivos de conducta, y trata de vivirlos, se acerca a Dios, se diviniza. Y además se realiza como persona. Estamos en este mundo para vivir los valores. Y sólo para eso.

Para concluir, insistamos en que las respuestas que aquí se ofrecen, aunque sinceramente las tenga por correctas quien esto escribe, sólo tratan de aclarar o precisar el alcance y el sentido de las preguntas. Estos interrogantes seguirán siempre estando abiertos mientras haya hombres en la Tierra. *Forse altro cantera con miglior plectro.*